

CAPITULO 1

La violencia privada

LA VIOLENCIA PERVERSA EN LA PAREJA

A menudo se niega o se quita importancia a la violencia perversa en la pareja, y se la reduce a una mera relación de dominación. Una de las simplificaciones psicoanalíticas consiste en hacer de la víctima el cómplice o incluso el responsable del intercambio perverso. Esto supone negar la dimensión de la influencia, o el dominio, que la paraliza y que le impide defenderse, y supone negar la violencia de los ataques y la gravedad de la repercusión psicológica del acoso que se ejerce sobre ella. Las agresiones son sutiles, no dejan un rastro tangible y los testigos tienden a interpretarlas como simples aspectos de una relación conflictiva o apasionada entre dos personas de carácter, cuando, en realidad, constituyen un intento violento, y a veces exitoso, de destrucción moral e incluso física.

Describiré varias parejas en distintos estadios de la evolución de la violencia perversa. La longitud desigual de mis relatos se debe a que este proceso se despliega durante meses -a veces durante años-, y a que las víctimas, a medida que su relación evoluciona, aprenden primero a identificar el proceso perverso y luego a defenderse y a acumular pruebas.

El dominio

En la pareja, el movimiento perverso se inicia cuando el movimiento afectivo empieza a faltar, o bien cuando existe una proximidad demasiado grande en relación con el objeto amado.

Una proximidad excesiva puede dar miedo. Por esta razón, lo más íntimo es lo que se va a convertir en el objeto de la mayor violencia. Un individuo narcisista impone su dominio para retener al otro, pero también teme que el otro se le aproxime demasiado y lo invada. Pretende, por tanto, mantener al otro en una relación de dependencia, o incluso de propiedad, para demostrarse a sí mismo su omnipotencia. La víctima, inmersa en la duda y en la culpabilidad, no puede reaccionar.

El mensaje no confesado es «No te quiero», pero se oculta para que el otro no se marche. De este modo, el mensaje actúa de forma indirecta. El otro debe permanecer para ser frustrado permanentemente. Al mismo tiempo, hay que impedir que piense para que no tome conciencia del proceso. Patricia Highsmith lo describía así en una entrevista para el periódico *Le Monde*: «A veces ocurre que las personas que más nos atraen, o de las

que estamos enamorados, actúan con la misma eficacia que unos aislantes de goma sobre la chispa de la imaginación».

El dominio lo establece un individuo narcisista que pretende paralizar a su pareja colocándola en una posición de confusión y de incertidumbre. Esto le libra de comprometerse en una relación que le da miedo. Por medio de este proceso, mantiene a su pareja a distancia, dentro de unos límites que no le parecen peligrosos. No quiere que su pareja lo invada, pero le hace padecer lo que él mismo no quiere padecer, ahogándola y manteniéndola «a su disposición». Si una pareja desea funcionar normalmente, debería establecer un refuerzo narcisista mutuo, aunque existan elementos puntuales de dominio. Puede ocurrir que uno intente «apagar» al otro, con el fin de estar muy seguro de que así queda en una posición dominante en la relación. Pero una pareja conducida por un perverso narcisista constituye una asociación mortífera: la denigración y los ataques subterráneos son sistemáticos.

Este proceso sólo es posible gracias a la excesiva tolerancia de la persona agredida. Los psicoanalistas interpretan a menudo que esta tolerancia está relacionada con los beneficios inconscientes, esencialmente masoquistas, que la víctima puede obtener de la relación. No obstante, veremos que esta interpretación es parcial, pues algunas de estas personas no han manifestado nunca tendencias autopunitivas con anterioridad ni las manifiestan más adelante; también es peligrosa, pues, al reforzar la culpabilidad de la víctima, no la ayuda de ningún modo a encontrar los medios para salir de esa embarazosa situación.

En la mayoría de los casos, el origen de la tolerancia se halla en una lealtad familiar que consiste, por ejemplo, en reproducir lo que uno de los padres ha vivido, o en aceptar un papel de persona reparadora del narcisismo del otro, una especie de misión por la que uno debería sacrificarse.

Benjamin y Annie se conocieron hace dos años. En esa época, Annie mantenía una relación frustrante con un hombre casado. Benjamin estaba celoso de ese hombre. Enamorado, Benjamín suplica a Annie que rompa esa relación: quiere casarse con ella y tener hijos. Annie rompe sin pensárselo mucho y acepta que Benjamín vaya a vivir con ella a su casa.

A partir de ese momento el comportamiento de Benjamín cambia. Se vuelve distante, indiferente y sólo muestra ternura cuando tiene apetencias sexuales. Al principio, Annie pide explicaciones, pero Benjamín niega que hayan cambios en su comportamiento. Annie, a la que no le gustan los conflictos, se esfuerza por mostrarse alegre, aunque con ello pierda algo de su espontaneidad. Cuando se pone nerviosa, Benjamín parece no comprender y no reacciona.

Poco a poco, Annie se deprime.

Como la relación no mejora y a Annie sigue sorprendiéndola la repulsa de Benjamin, éste termina por reconocer que ha ocurrido algo: simplemente no soporta verla deprimida. Por lo tanto, Annie decide curar su depresión -ya que ésta parece la causa de sus problemas de pareja- y empieza una psicoterapia.

Annie y Benjamin trabajan en lo mismo. Ella tiene mucha más experiencia que él. A menudo, él le pide consejos, pero rechaza cualquier crítica: «¡Esto no sirve de nada, estoy harto, no sé de qué me hablas! ». En varias ocasiones, él se apropia de las ideas de Annie, pero se niega a reconocer que ella lo ayuda. Nunca le agradece nada.

Si ella le señala un error, él se justifica diciendo que ha sido sin duda su secretaria la que se ha equivocado. Ella hace ver que se lo cree para evitar más explicaciones.

Él siempre mantiene el mayor misterio sobre su empleo del tiempo libre, sobre su vida y sobre su trabajo. Por azar, por unos amigos que lo felicitan, ella se entera de que Benjamin ha obtenido un ascenso importante. Él miente permanentemente, dice que vuelve de un viaje de negocios con tal tren, cuando el billete que deja descuidadamente a la vista demuestra que eso es falso.

En público, Benjamín se muestra distante. Un día, en un cóctel, se acerca a Annie y le estrecha la mano: «Señorita X, que se dedica a tal trabajo». E, inmediatamente, la deja sola. Cuando, más tarde, ella le pide explicaciones, él murmura algo acerca de que estaba muy ocupado.

Benjamín le reprocha el modo en que gasta el dinero; aunque ella se gane la vida, él querría que ella no tuviera casi nada en sus armarios y la obliga a guardar sus zapatillas como si fuera una chiquilla. Se burla públicamente de sus tarros de crema en el baño: «¡No sé por qué te pones todos esos potingues en la cara!».

Annie se pregunta cómo podría mostrarse afectuosa con un hombre que lo calcula todo: sus gestos, sus palabras y su dinero.

Benjamín no soporta hablar de la pareja: «¡La palabra pareja está pasada de moda!». Rechaza comprometerse con Annie. Un día, un payaso los para en la calle queriendo mostrarles un número de magia y le dice a Benjamín: « Es su esposa, ¿no es cierto?». Benjamín no contesta e intenta marcharse. Según Annie: «No pudo responder nada porque no se puede pensar nada sobre este tema. No soy ni su esposa, ni su novia, ni su amiga. No podemos decir nada sobre esto porque es demasiado pesado».

Si ella insiste en tocar el tema, él contesta: «¿Realmente crees que es el momento de hablar de esto?».

Otros temas suponen otras tantas heridas, como por ejemplo el deseo de Annie de tener un hijo. Cuando se encuentran con amigos que tienen niños, ella se esfuerza por no mostrar demasiado entusiasmo por los bebés, pues Benjamín podría pensar que ella tiene ganas de tener uno. En esos casos, ella adopta un tono neutro, como si esta cuestión no le importara.

Benjamín quiere dominar a Annie. Por un lado, quiere que sea una mujer independiente que no cuente con él económicamente, pero, al mismo tiempo, quiere que sea sumisa; de lo contrario, se angustia y la rechaza.

Durante las cenas, cuando ella habla, él alza los ojos al cielo con un aire consternado. Al principio, ella pensaba: «Seguramente, lo que he dicho es idiota». Annie se va censurando progresivamente a sí misma,

Sin embargo, desde que inició su psicoterapia, ha aprendido a no aceptar que él critique a priori todo lo que ella dice, aunque esto cree tensiones.

Entre ellos no hay discusiones; sólo disputas cuando ella no puede más, cuando una gota de agua hace derramar el vaso. En ese caso, **ella se** irrita sola. Benjamín adopta un aire sorprendido y dice: «¿Otra vez vas a hacerme reproches? Por supuesto, para ti, todo es culpa mía». Ella intenta justificarse: «No digo que sea culpa tuya; sólo quisiera hablar de lo que no funciona». Él parece no

comprender y consigue siempre que ella dude de sí misma y se sienta culpable. Preguntarse lo que no funciona entre ellos es como decir: «Es culpa tuya». Él no quiere escucharla y zanja la discusión. A menudo, intenta escapar con una pirueta antes incluso de que ella comience.

«Quisiera que me dijera qué no le gusta de mí; esto permitiría una discusión.»

Poco a poco, han dejado de hablar de política porque, cuando ella argumentaba, él se quejaba de que ella no compartiera su opinión. Han cesado igualmente de hablar de los éxitos profesionales de Annie. Él soportaba mal todo lo que pudiera hacerle sombra.

Annie sabe que está renunciando a su pensamiento propio y a su individualidad, pero teme que la cosa vaya a peor. Esto la conduce a esforzarse permanentemente porque lo cotidiano sea soportable.

A veces ella reacciona y amenaza con marcharse. Él la retiene con un discurso doble: «Deseo que nuestra relación continúe», y «No puedo darte más por el momento».

Ella está tan pendiente de él que, al menor signo de acercamiento, renacen sus esperanzas.

Annie se da cuenta de que esta relación no es normal, pero, como ha perdido cualquier punto de referencia, se siente obligada a proteger y a excusar a Benjamín, haga éste lo que haga. Ella sabe que él no cambiará: « O me adapto o me voy».

En el plano sexual, las cosas no andan mejor. Benjamín ya no tiene ganas de hacer el amor. A veces, ella intenta hablar de ello.

-No podemos seguir viviendo de esta manera.

-Esto es así; no se puede hacer el amor por encargo.

-¿Y qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer yo?

-No todo tiene una solución. ¡Quieres dirigirlo todo!

Cuando ella se le acerca para abrazarlo cariñosamente, él le chupa la nariz. Si ella protesta, él le señala que, decididamente, no tiene sentido del humor.

¿Qué retiene a Annie?

Si Benjamín fuera un monstruo absoluto, todo sería más sencillo, pero hubo un tiempo en que era un amante cariñoso. Si se comporta de este modo, es que está mal. Por lo tanto, puede cambiar. Por lo tanto, ella puede cambiarlo. Ella espera este cambio. Tiene la esperanza de que un día el nudo se deshará y por fin podrán comunicarse.

Annie se siente responsable del cambio de Benjamín: él no soportaba que ella estuviera deprimida. También se siente culpable de no ser suficientemente seductora (un día él bromeó delante de unos amigos sobre su vestimenta poco sexy) ni suficientemente buena (también hizo una alusión al hecho de que no era generosa) como para satisfacer a Benjamín.

Annie también cree que permanecer con él en esta pareja insatisfactoria es menos grave que quedarse sola, pues Benjamín le dijo: «Si nos separáramos, yo encontraría enseguida a alguien, pero tú, con tu afición a la soledad, te quedarías sola». Y ella se lo creyó. Aunque Annie sepa que ella es mucho más sociable que Benjamin, se imagina que, una vez sola, se deprimirá dándole vueltas a sus penas.

Annie sabe igualmente que sus padres son también una pareja insatisfactoria, y que permanecen juntos por obligación. En su casa, la violencia era constante, pero larvada, pues su familia no llamaba a las cosas por su nombre.

La violencia

La violencia perversa aparece en los momentos de crisis, cuando un individuo que tiene defensas- perversas no puede asumir la responsabilidad de una elección difícil. Se trata de una violencia indirecta que se ejerce esencialmente a través de una falta de respeto.

Monique y Lucien llevan treinta años casados. Hace seis meses que Lucien tiene una relación extramatrimonial. Se lo anuncia a Monique diciéndole que no puede elegir. Desea permanecer con ella y, paralelamente, seguir con esa relación. Monique rechaza su propuesta con determinación. Su esposo se marcha.

Desde entonces, Monique está hundida. Se pasa todo el tiempo llorando y no duerme ni come. Tiene síntomas psicossomáticos de angustia: sensación de sudor frío, bola en el estómago, taquicardia... Siente ira, no contra su marido, que la hace sufrir, sino contra sí misma, por no saber retenerlo. Si Monique pudiera sentir ira contra su marido, le resultaría más fácil defenderse. Pero, para sentirla, debería aceptar que el otro es agresivo y violento, lo que podría conducirla a dejar de desear su vuelta. Cuando uno se encuentra en un estado de choque como el de Monique, es más fácil negar la realidad de los hechos y permanecer a la espera, aunque esta espera esté cargada de sufrimiento.

Lucien le pide a Monique que sigan almorzando juntos regularmente para mantener la relación; de lo contrario, correrían el peligro de que él se marchara para siempre. Si ella se aleja, él la olvida. Si ella se muestra deprimida, él deja de tener ganas de seguir a su lado. Siguiendo los consejos de su psicoanalista, Lucien llega a proponerle a Monique que conozca a su amiga, icon el fin de que «la palabra circule»!

En ningún momento parece que Lucien se haya planteado la cuestión del sufrimiento de su esposa. Dice simplemente que está harto de verla con esa cara de muerto. Al culpabilizar a su esposa, que no hace lo necesario para retenerlo, Lucien se descarga de la responsabilidad de la decisión de la separación.

La negativa a responsabilizarse de un fracaso conyugal se encuentra a menudo en el origen de una basculación perversa. Un individuo, que tiene un fuerte ideal de pareja, mantiene unas relaciones aparentemente normales con su cónyuge hasta el día en que debe elegir **entre esa relación y otra** nueva. Cuanto más fuerte sea su ideal de pareja, más fuerte será su violencia perversa. No puede aceptar esa responsabilidad. Su cónyuge deberá cargar con ella completamente. Si el amor disminuye, considera responsable a su pareja por una falta que ésta habría cometido y que no se nombra. También suele negar verbalmente esta disminución del amor,

aunque tenga lugar realmente.

La toma de conciencia de la manipulación coloca a la víctima en un estado de angustia terrible. Al no disponer de un interlocutor, no se puede liberar del mismo. En este estadio, las víctimas, además de ira, sienten vergüenza: vergüenza por no haber sido amadas, vergüenza por haber aceptado humillaciones y vergüenza por haber padecido.

A veces, no se trata de un movimiento perverso transitorio, sino de la revelación de una perversidad que se había ocultado hasta ese momento. El odio que se enmascaraba aparece a plena luz y es muy similar al delirio de persecución. De este modo, los papeles se invierten: el agresor se convierte en agredido y la culpabilidad sigue en el mismo lado. Para que esto resulte creíble, hay que descalificar al otro con el fin de empujarlo a comportarse de un modo reprehensible.

Anna y Paul, ambos arquitectos, se conocen en el trabajo. Muy rápidamente, Paul decide instalarse en casa de Anna, pero de tal forma que pueda mantener una distancia afectiva para no comprometerse realmente. Evita las palabras cariñosas, los gestos de ternura en público, y se burla de los enamorados que se cogen de la mano.

Paul tiene muchas dificultades a la hora de expresar cosas personales. Dala impresión de estar siempre bromeando, ironiza con todo, y todo lo convierte en burla. Esta estrategia le permite esconderse y no implicarse.

También pronuncia discursos extremadamente misóginos: «Las mujeres son castradoras, fútiles e insoportables, pero no podemos vivir sin ellas».

Anna interpreta la frialdad de Paul como pudor, su rigidez como fuerza y sus insinuaciones como saber. Cree que su amor logrará enternecerlo y que, una vez tranquilizado por la vida en pareja, se mostrará menos duro.

Entre Anna y Paul se establece la regla implícita de que no hay que exhibir demasiado la intimidad. Anna acepta esta regla, le da una justificación y, por consiguiente, garantiza su cumplimiento. A1 ser su deseo de establecer una relación más íntima más fuerte que el de Paul, le corresponde a ella realizar los esfuerzos necesarios para que la relación continúe. Paul justifica su dureza con una infancia difícil, pero deja lugar para un cierto misterio al aportar informaciones parciales e incluso con tradiciones: «Nadie se ocupó de mí cuando era pequeño. Si no hubiera sido por mi abuela, que me recogió...», «Tal vez mi padre no sea mi padre».

Al presentarse, ya de entrada, como víctima, conduce de este modo a Anna a compadecerlo y a mostrar por él más interés o indulgencia. Ella, que tenía una gran necesidad de ser reparadora, queda rápidamente seducida por este muchachito al que hay que consolar.

Él es de esas personas que «saben». Tiene opiniones radicales sobre todo: la política, el devenir del mundo, quién es idiota y quién no, qué hay que hacer y qué no... La mayoría de las veces, al iniciar una frase que deja en suspensión, o incluso al mover simplemente la cabeza en silencio, se contenta con dar a entender que sabe.

Con mucho arte, sirve de espejo para las inseguridades de Anna. Anna es una persona que duda. A1 no estar segura de sí misma,

no juzga a los demás, sino que, al contrario, hagan lo que hagan, les encuentra circunstancias atenuantes. Intenta siempre matizar sus opiniones, algo que Paul califica de «complicarse la vida». Poco a poco, Anna lima en presencia de Paul sus principales asperezas para ser más conforme a lo que él espera de ella o, más bien, a lo que ella cree que él espera. Evita insistir y cambia sus hábitos.

Su relación, por lo tanto, es del tipo «él sabe, ella duda». Ella encuentra descanso al apoyarse en las certidumbres de Paul. Paul la encuentra dócil y dispuesta a aceptar sus certidumbres.

Desde el inicio de su relación, Paul se muestra siempre muy crítico con Anna. Procede mediante pequeños toques desestabilizadores, preferentemente en público, en momentos en que ella no puede contestar. Cuando ella intenta hablar de ello más tarde, él le dice fríamente que es rencorosa y que hace una montaña de un grano de arena. La crítica parte de algo anodino, o incluso íntimo, que Paul describe con exageración, tomando a veces a un aliado en el grupo: «Anua escucha unas músicas realmente trasnochadas, ¿no creéis?», « ¿Sabíais que se gasta el dinero en cremas para endurecer unos senos que casi no existen?», « ¡Esto no lo ha comprendido; y, sin embargo, está a la vista de todo el mundo! ».

Cuando salen el fin de semana con los amigos, exhibe la bolsa de Anna y exclama: «¡Me toma por un mozo de mudanzas! ¡Y por qué no la bañera!» .

Si Anna protesta -«¡Y a ti qué más te da; ya la llevo yo mi bolsa!»-, Paul replica: «Sí, pero si te cansas, tendré que llevarla yo so pena de parecer un grosero. ¡No necesitas tres barras de labios y dos recambios de ropa!».

Luego, generaliza sobre la duplicidad femenina que obliga a los hombres a ayudar a las mujeres.

Lo importante es enredar a Anna. Ella percibe la hostilidad, pero no está del todo segura, pues Paul dice todas estas cosas medio en serio medio en broma. Sus allegados no perciben forzosamente la hostilidad, y Anna no puede contestar sin parecer carente de sentido del humor.

Paul es tanto más crítico cuanto más alta es la posición de superioridad de Anna: por ejemplo, cuando alguien la elogia. Ella sabe muy bien que Paul está acomplejado frente a su facilidad de relación y también por el hecho de que ella tiene más éxito profesionalmente y gana más dinero. Cuando la critica, añade: «No es un reproche, es una observación».

La violencia sale a la luz cuando Paul decide instalarse por su cuenta con una joven socia. Sus maniobras estratégicas para desestabilizar a Anna se vuelven más claras.

Esto se manifiesta primero a través de un mal humor permanente que Paul justifica con problemas de organización y preocupaciones económicas. La mayoría de las noches llega a casa antes que Anna y se instala con una copa en un sillón frente al televisor. Cuando Anna llega, no responde a su saludo, pero sí pregunta sin volver la cabeza: «¿Qué vamos a comer?». (Una maniobra muy clásica para transferir el mal humor al otro.)

No hace reproches directos pero va dejando caer pequeñas frases anodinas que luego hay que interpretar, pues están dichas con un tono de reproche. Si Anna intenta aclarar lo que Paul acaba de decir, él escurre el bulto y niega cualquier intención agresiva.

Él empieza a llamarla «chocha». Cuando ella se queja, él cambia el mote por «chocha gorda»: «Cómo no eres gorda, ¡no te puedes sentir aludida!».

Cuando intenta hablar de su sufrimiento, Anna choca contra una pared. Paul se escabulle, ella insiste, él se vuelve todavía más duro. Invariablemente, ella termina por exasperarse, y Paul puede así demostrarle que no es más que una arpía agresiva. Ella no llega nunca a disponer de la suficiente distancia como para desactivar una violencia que no comprende.

Contrariamente a las clásicas riñas conyugales, no se produce realmente un combate, pero tampoco es posible la reconciliación. Paul no sube nunca el tono; manifiesta simplemente una fría hostilidad, y la niega si alguien se la señala. Anna, ante esta imposibilidad de dialogar, se exaspera y grita. Entonces, él se burla de su ira: «Cálmate, pobre hija mía». Y ella se siente ridícula.

Lo esencial de la comunicación ocurre en la mirada. Miradas de odio, del lado de Paul, y miradas de reproche y de miedo, del lado de Anna.

El único hecho concreto es la repulsa sexual de Paul. Cuando ella solicita hablar del tema, no es nunca el momento apropiado. Por la noche está cansado, por la mañana tiene prisa, y durante el día tiene algo que hacer. Ella decide acorralarlo y lo invita a cenar fuera. Una vez en el restaurante, empieza a hablar de su sufrimiento. Paul la interrumpe inmediatamente en un tono de furor glacial: «No pretenderás hacerme una escena en un restaurante y, además, sobre semejante tema. Desde luego, careces completamente de modales».

Anna se pone a llorar, lo cual hace que Paul se enfurezca: «No eres más que una depresiva que se pasa la vida protestando».

Más tarde, Paul se justifica de otra manera: «¿Cómo se puede hacer el amor contigo? ¡Eres un horror, una arpía castradora!».

Más adelante, Paul llega incluso a robarle una agenda profesional que es esencial para su contabilidad. Anna empieza por buscarla y luego pregunta a Paul si la ha visto: en la habitación en la que está segura de haberla dejado no ha entrado nadie más. Paul responde que no la ha visto y que lo que tiene que hacer es ordenar mejor sus cosas. Su mirada está tan cargada de odio que ella se siente helada de miedo, atónita. Comprende que, efectivamente, se la ha robado él, pero tiene demasiado miedo de la violencia manifiesta que puede surgir si sigue insistiendo.

Lo terrible es que Anna no comprende. Busca explicaciones: ¿sólo quiere perjudicarla directamente por la molestia que esto pueda causarle?, ¿se trata de envidia?, ¿de la necesidad de comprobar que ella trabaja más que él?, ¿o bien espera encontrar en la agenda un fallo que podrá utilizar más adelante contra ella?

Lo que Anna siente, sin ninguna duda, es que hay mala intención. Sin embargo, este pensamiento es tan terrible que lo descarta y se niega a creer en él. Así, el miedo se convierte en angustia física. La siente cada vez que su mirada se cruza con esa misma mirada de Paul.

En este estadio, Anna percibe muy claramente que Paul quiere anularla. En lugar de ir dejando caer pequeñas dosis de arsénico en su café, como en las novelas policíacas inglesas, intenta debilitarla psicológicamente.

Para no verse afectado por el sufrimiento de Anna, Paul la cosifica. La mira fríamente sin emoción alguna. Así las cosas, evidentemente, las lágrimas de Anna parecen ridículas. Lo que ella siente es que no existe para Paul. Sus lágrimas y su sufrimiento no son escuchados o, más exactamente, no existen. Semejantes fracasos en lo que respecta al diálogo desencadenan en ella terribles iras que, al no poderlas descargar, se transforman en angustia.

Ella, entonces, intenta decir que prefiere una separación antes que este sufrimiento cotidiano, pero este tema sólo se puede abordar en momentos de crisis, en los que, de todas formas, diga lo que diga, no se la escucha. El resto del tiempo, retiene el aliento para no introducir una tensión suplementaria precisamente en los momentos en que la vida todavía se puede soportar.

Llegados a este punto, Anna le escribe a Paul. Intenta hacerle comprender su sufrimiento ante semejante situación y su deseo de encontrar una solución. La primera vez, deja la carta sobre el escritorio de Paul y espera que él le diga algo. Como no dice nada, ella se atreve a preguntarle su opinión al respecto. Responde fríamente: «No tengo nada que decir». Anna sospecha que no ha sido suficientemente clara. Le escribe una nueva carta más larga. Se la encuentra en la papelería a la mañana siguiente. Termina por exasperarse e intenta obtener explicaciones. Él contesta que no tiene por qué responder a las demandas de una excitada como ella.

Haga lo que haga, Anna no es escuchada. ¿Su lenguaje, tal vez, no es el bueno? A partir de ese día, hace una fotocopia de cada una de las cartas que escribe.

Paul es impermeable al sufrimiento de Anna; ni siquiera lo ve. Esto, para Anna, es intolerable y, angustiada, se vuelve cada vez más torpe. Sus errores se interpretan como faltas que hay que corregir, lo cual justifica la violencia. Ella es sencillamente peligrosa para él. Por lo tanto, hay que «debilitarla».

Ante esta violencia recíproca, la reacción de Paul es la evitación; la de Anna es un intento estereotipado de diálogo. Toma entonces la decisión de separarse de Paul.

-Si he comprendido bien, ¡me echas a la calle sin un céntimo!

-No te echo, digo que no puedo soportar más esta situación. No estás sin un céntimo, trabajas igual que yo y cuando organicemos el reparto, tendrás la mitad de nuestros bienes.

-¿Dónde voy a ir? ¡Eres decididamente malvada! ¡Por tu culpa, voy a verme obligado a vivir en un tugurio!

Anna y Paul han tenido hijos, y Anna se siente culpable porque piensa que la violencia de Paul se debe a su sufrimiento por tener que separarse de ellos.

Tras la separación, al regresar de su primer fin de semana con su padre, Anna se los encuentra a todos en la calle. Dicen que han pasado un gran día con Sheila, la socia de su padre. Anna ve en ese momento en el rostro de Paul una sonrisa de triunfo que no comprende inmediatamente.

En casa, los niños quieren contarle hasta qué punto su padre está enamorado. Se ha pasado el día besando en la boca a Sheila y tocándole los pechos y el culo. Al no tener el valor de anunciar directamente a Anna que tiene una amante, sigue utilizando a los niños para enviar sus mensajes de forma indirecta. Por lo que les ha mostrado de su intimidad con Sheila, sabe que va a suscitar los celos de Anna, pero él estará lejos y no tendrá que temer los reproches que Anna no puede dejar, precisamente, de hacerle. Paul sitúa de este modo a los niños en primera línea para que absorban la tristeza o el rencor de su madre. Por lo tanto, no manifiesta ningún respeto ni por la madre, ni por los niños.

Anna pierde pie. Cuanto más se debate, más se hunde. Oscila entre la angustia y la rabia, y al no poder hacer ni decir nada, teme hacer cualquier cosa. Frente a la intensidad de su dolor, deja de luchar y deja que la hundan hasta quedar sumergida.

Paul hace saber a sus amigos y a su familia que Anna lo ha echado de su propia casa y que, para él, eso es duro material y económicamente. Anna, que rechaza el papel de mala que se le quiere atribuir, intenta justificarse, retomando para ello un método que, no obstante, no funcionó cuando todavía estaban juntos, a saber, escribirle y explicarle lo que siente. Como teme demasiado atacar a Paul directamente, hace recaer la culpa en Sheila, su amante, argumentando que ésta ha aprovechado la crisis conyugal de un pobre hombre para seducirlo.

Al proponer esta interpretación, cae en la trampa de Paul, que intenta mantenerse fuera del terreno de la ira o del odio. En lugar de asumir la situación, Paul la esquivo y coloca a las dos rivales frente a frente. Anna sigue dócil y protectora y no se enfrenta a Paul.

Sólo en una ocasión se atreve a atacarlo directamente. Se presenta en su casa, entra por la fuerza y dice todo lo que no ha tenido ocasión de decir. Es su única riña conyugal verdadera, su única confrontación con Paul: «Estás loca; no se habla con los locos». Cuando Paul intenta echarla a la fuerza, ella lo araña, y luego se marcha llorando. Por supuesto. Paul utiliza inmediatamente esta riña contra Anna, que recibe una amonestación de su abogado. Luego. Paul hace saber en todas partes que Anna está loca y que es violenta. Anna recibe los reproches de la madre de Paul: «Mi pequeña Anna, tiene que calmarse, su comportamiento es inadmisibile».

Los abogados de Anna y de Paul negocian el modo de regular el reparto de bienes. Anna elige un abogado del que sabe que no es polémico, con la idea de que, sobre todo, hay que calmar a Paul para que éste no se embarque en un largo procedimiento. Con la voluntad de ser conciliadora, no discute, lo que la hace parecer todopoderosa y, por lo tanto, todavía más amenazadora.

Pactan realizar un inventario, pero, un poco antes de las vacaciones, Anna se entera, por casualidad, de que Paul ha vaciado la casa de campo. Tan sólo ha dejado unos pocos muebles que pertenecen a la familia de Anna y las camas de los niños. Entonces, Anna baja la guardia pensando que, cuando los asuntos materiales se hayan arreglado, Paul dejará de agredirla. Pero esto no hace que Paul se detenga.

A continuación, en los intercambios epistolares que conciernen a los niños, recibe observaciones indirectas de Paul que ponen en entredicho su honestidad.

Al principio, Anna se justifica explicando que todo se ha negociado a través de abogados y ante notario, y luego comprende que esto no sirve de nada, que es preciso que sea culpable de alguna cosa. Un día, uno de sus hijos le comenta: «Papá le dice a todo el mundo que te lo has llevado todo; tal vez sea verdad. ¿Qué nos demuestra que no eres deshonesto?».

En este caso clínico, vemos que Paul no puede asumir la responsabilidad de la ruptura. Procura que Anna tome la iniciativa, que lo «eche» y que quede así como la responsable del fracaso de la pareja. En cualquier caso, ella queda como la culpable de todo; es el chivo expiatorio que evita que Paul tenga que cuestionarse a sí mismo. Anna podría haber reaccionado violentamente ante la traición de Paul, en cuyo caso la habrían calificado de violenta. Por el contrario, se hunde, y se la considera loca, o depresiva. En todos los casos se la culpa de alguna cosa. Como no es culpable de manifestar reacciones excesivas, Paul se ve obligado a utilizar, para descalificarla, las insinuaciones y los rumores.

Anna debería aceptar que, haga lo que haga, siempre será un objeto de odio para Paul, debería aceptar que no puede hacer nada para modificar la relación, y debería aceptar su propia impotencia. Por lo tanto, basta con que tenga una imagen de sí misma suficientemente buena para que las agresiones de Paul no pongan en entredicho su identidad. De este modo, si Anna deja de temer a su agresor, saldrá del juego y tal vez pueda desactivar la agresión.

En cuanto a Paul, todo ocurre como si, para poder querer a una persona, necesitara odiar a otra. En cada uno de nosotros hay una pulsión de muerte destructiva. Una de las maneras de librarse de esta pulsión de muerte interna consiste en proyectarla hacia el exterior y sobre alguien. Algunos individuos establecen de este modo una división entre los «buenos» y los «malos». No es agradable estar en el terreno de los malos.

Para poder idealizar un nuevo objeto de amor y mantener la relación amorosa, un perverso necesita proyectar todo lo que es malo sobre su pareja anterior, que se convierte así en un chivo expiatorio. Todo lo que se presenta como un obstáculo para una nueva relación amorosa se tiene que destruir. Así, para que haya amor, es preciso que haya odio en alguna parte. La nueva relación amorosa se construye sobre el odio hacia la pareja anterior,

Este proceso es frecuente en las separaciones, pero la mayoría de las veces el odio se disuelve poco a poco, al mismo tiempo que se disuelve la idealización del nuevo cónyuge. Paul, sin embargo, que tiene una imagen muy idealizada de la pareja y de la familia, acentúa, por el contrario, este proceso con el objetivo de proteger a su nueva familia. Sheila, conscientemente o no, percibe que este odio favorece su relación con Paul y no hace nada para ponerle fin. Es posible que procure incluso activar este fenómeno que refuerza su relación.

Anna, por una especie de ingenuidad natural, cree que el hecho de estar enamorada es suficiente para hacerla feliz, generosa y «mejor». No comprende, por tanto, que Paul ama a otra persona. Anna piensa únicamente que, si Paul la rechaza de este modo, es porque ella no está suficientemente «bien», es decir, porque no corresponde a lo que él espera de ella. Sin embargo, en los perversos, el amor tiene que estar separado del odio y, a la vez, rodeado de él.

La separación

Los procedimientos perversos aparecen con mucha frecuencia durante los divorcios y las separaciones. Se trata de procedimientos defensivos que, de entrada, no se pueden considerar como patológicos. El aspecto repetitivo y unilateral del proceso es el que trae consigo un efecto destructor.

Con las separaciones, el movimiento perverso, hasta entonces subyacente, se acentúa, y la violencia solapada se desencadena, pues el perverso narcisista percibe que su presa se le escapa. La misma separación, una vez consumada, no interrumpe la violencia. Esta última prosigue a través de los pocos lazos de la relación que perduran y, cuando hay niños, pasa a través de ellos. Según J.-G. Lemaire, «algunas de las conductas vengativas tras una separación o un divorcio se pueden comprender en este marco, como si un individuo, para no odiarse a sí mismo, necesitara volcar todo su odio sobre otro individuo que, en otro tiempo, formó parte de sí mismo».

Esto es lo que los norteamericanos llaman *stalking*, es decir, acoso. El acoso concierne a antiguos amantes o cónyuges que no quieren soltar su presa e invaden a su «ex» con su presencia: lo esperan a la salida de su trabajo, lo llaman por teléfono de día y de noche, y profieren amenazas directas o indirectas contra él.

En Norteamérica, algunos Estados se han tomado en serio el *stalking* y han previsto *protective orders* (órdenes de protección civil) del mismo modo que para las violencias conyugales directas, pues ha quedado establecido que este acoso, a poco que la víctima reaccione, puede conducir a violencias físicas.

Sea quien fuere quien tome la iniciativa de la separación, los divorcios en los que participa un perverso narcisista son casi siempre violentos y pleitistas. Los perversos mantienen el vínculo mediante las cartas certificadas, los abogados y la justicia. A través de los pleitos, se sigue hablando de esa pareja que ya no existe. Cuanto mayor es la pulsión de dominio, mayores son el resentimiento y la ira. Las víctimas se defienden mal, sobre todo si creen que han tomado la iniciativa de la separación, lo cual esa menudo el caso, y su culpabilidad las lleva a mostrarse generosas y a esperar que, de este modo, se escaparán de su perseguidor.

Las víctimas rara vez saben utilizar la ley, mientras que el agresor, al estar muy cerca de una estructura paranoica, sabe iniciar los pleitos necesarios. En Francia, una acción perversa por parte de alguno de los cónyuges se puede considerar, en teoría, como un motivo de divorcio. Pero, ¿cómo tener en cuenta las maniobras sutiles que juegan con la culpabilidad del otro? Quien solicite el divorcio debe probar los hechos que invoca para apoyar su acción. Pero, ¿cómo demostrar una manipulación perversa?

A menudo, el perverso hace caer en un error a su pareja y luego lo utiliza en su contra para obtener algún beneficio del divorcio. En principio, los errores exclusivos de un cónyuge no son motivo de divorcio cuando se pueden excusar por el comportamiento del otro. En realidad, los jueces, que temen que se les manipule a ellos y no saben quién manipula a quién, apuestan por la prudencia y se mantienen a distancia de estas situaciones de violencia perversa.

En una maniobra perversa, el objetivo consiste en desestabilizar al otro y en hacerle dudar de sí mismo y de los

demás. Para ello, todo vale: las insinuaciones, la mentira y los absurdos. Si no quiere dejarse impresionar, el agredido no debe tener ninguna duda sobre sí mismo ni sobre las decisiones que debe tomar; tampoco debe tener en cuenta las agresiones. Esto le obliga a estar en alerta continua durante los contactos con su ex cónyuge.

Éliane y Pierre se separan tras diez años de vida en común. Tienen tres hijos. Éliane, que se queja de la violencia de su marido, pide el divorcio. Ante el juez, Pierre expresa lo que será la realidad de los próximos años: «iEn adelante, mi único objetivo en la vida será jorobar a Éliane!».

Desde ese día, Pierre rechaza cualquier comunicación directa con ella. Los intercambios se realizan mediante cartas certificadas o por la mediación de abogados. Cuando, al telefonar a sus hijos, ella se pone al aparato, él dice simplemente: « ¡Póngame con los niños!». Si se encuentran por la calle por casualidad, no solamente no responde a su saludo, sino que deja flotar su mirada a través de ella, como si fuera transparente. Mediante esta negación de la mirada, da a entender a Éliane, pero sin mediar palabra, que ella no existe, que no es nada.

Como a menudo le ocurre a este tipo de parejas divorciadas, se inicia un acoso insidioso a través de los intercambios que atañen a los niños, la organización de las vacaciones, la salud y la escolaridad. Cada carta de Pierre es una pequeña agresión, aparentemente anodina, pero que desestabiliza.

A una carta de Éliane que anuncia la revisión anual de la pensión alimenticia, responde: «Dada tu habitual falta de honradez, me permitirás que hable de ello con mi abogado». Cuando ella le envía una carta certificada (de lo contrario, no contesta): «Hay que estar loco, y/o ser deshonesto, para enviar una carta certificada cada ocho días».

A una carta donde se le pregunta acerca de la repartición de los fines de semana de mayo, responde: «El fin de semana del 7 y el 8 de mayo es sin duda el primer fin de semana del mes de mayo. Teniendo en cuenta lo que ya ha sucedido, mi abogado me aconseja que te advierta oficialmente de que me veré obligado a presentar una demanda por no presentación de hijo si no respetas el calendario».

Estas cartas siempre conducen a Éliane a preguntarse: «¿Qué he hecho?». Aunque piense que no tiene nada que reprocharse, intenta no obstante buscar algún hecho que pueda no haber notado, y que Pierre pueda haber interpretado mal. Al principio, se justifica, y luego se da cuenta de que cuanto más se justifica, más culpable parece.

A todas estas agresiones indirectas, Éliane reacciona con violencia, pero, al encontrarse Pierre fuera de su alcance, esto tiene lugar delante de los niños, que la ven llorar o gritar como una loca.

Éliane quisiera ser irreprochable. Ahora bien, para Pierre, es culpable de todo, de cualquier cosa. Se ha convertido en el chivo expiatorio, en la responsable de la separación y de todas sus consecuencias. Sus justificaciones no son más que lamentables e inútiles esfuerzos.

Éliane es incapaz de responder a todas las insinuaciones de Pierre, puesto que no sabe a qué se refiere. No hay justificación posible. Es culpable de alguna cosa que no se nombra pero que, supuestamente, ambos conocen. Cuando habla de estos intercambios malévolos con su familia o con sus amigos, éstos los trivializan: «Ya se calmará, no es grave».

Pierre rechaza cualquier comunicación directa con Éliane. Si ella le escribe para advertirle de un hecho importante relativo a los niños, no contesta. Si elige llamarlo por teléfono, o bien cuelga -« ¡Ahora no tengo ganas de hablar contigo! »-, o bien la ofende con un tono frío. Por el contrario, si ella toma decisiones sin informarlo, él le hace saber inmediatamente, mediante carta certificada o a través de su abogado, que no está de acuerdo con esa decisión, y luego se las arregla para hacer fracasar el intento presionando a los niños. Pierre bloquea de este modo cualquier decisión de Éliane relativa a los niños. No satisfecho con mostrar que es una mala mujer, debe mostrar también que es una mala madre. A él le importa poco que, al actuar así, desestabilice también a los niños.

Cada vez que debe tomar una decisión importante relacionada con los niños, Éliane duda sobre el modo de solicitar la opinión de Pierre sin que ello cree un conflicto, y termina por enviar una carta en la que ha sopesado cada palabra. Él no contesta. Ella toma la decisión unilateralmente. Luego llega una carta certificada: «Esto se ha hecho a petición tuya sin que nadie haya consultado mi opinión y sin avisarme. Conviene recordarte que ejerzo la autoridad parental conjuntamente contigo por lo que respecta a nuestros tres hijos y que, por consiguiente, no puedes tomar ninguna decisión sin consultarme». Pierre sostiene el mismo discurso ante los niños, los cuales ya no saben quién decide por ellos. Generalmente, los proyectos que se presentan de este modo fracasan.

Unos años después de su separación, Éliane debe tomar una decisión importante en relación con uno de los niños. Escribe a Pierre y, como de costumbre, no obtiene respuesta. Decide entonces telefonarle. Se da cuenta inmediatamente de que nada ha cambiado:

-¿Has leído mi carta, estás de acuerdo?

-Con una madre como tú, no se puede hacer nada, no vale la pena intentarlo, procurarás que las cosas sean como tú quieres, siempre haces lo que quieres, y los niños hacen todo lo que tú quieres. De todos modos, no puedes mejorar, eres una ladrona y una mentirosa que se pasa el tiempo ofendiendo a la gente, eso es lo único que te interesa, no sabes hacer otra cosa.

-Pero, en este caso, no te ofendo, te pregunto tranquilamente si podemos hacer algo juntos en relación con nuestros hijos.

-No lo has hecho todavía porque aún no has tenido la ocasión, pero no tardarás mucho en hacerlo, no cambias, no cambiarás, no eres más que una..., sí, una... ¿Qué quieres?, esto es así, hablando en plata.

-Ahora eres tú quien me ofende a mí.

-Sólo digo lo que hay, a saber, que no has evolucionado, que no eres capaz de cuestionarte a ti misma. No acepto tu decisión de ningún modo. La desapruebo completamente. Por lo demás, desapruebo la forma de criar a los niños, desapruebo a la gente que los cría y desapruebo el modo en que van vestidos.

-Pienses lo que pienses de mí, ahora se trata de nuestros hijos. ¿Qué propones?

-No propongo nada porque contigo no hay nada que proponer. Nada cambiará porque tú no cambiarás. Pienso que es importante hablar con la gente, pero no contigo, porque tú no puedes mejorar. Ni siquiera eres capaz de reconocer lo que dices; continuamente estás diciendo cualquier cosa.

-¡Pero tenemos que tomar una decisión que afecta a nuestros hijos!

-¡Pues habla con Dios; hemos de hablar con nuestros semejantes! ; No tengo sus señas porque no tengo la costumbre de

telefonarle! No tengo nada más que decirte. Me lo pensaré y tal vez te dé una respuesta. Pero, de todos modos, no sirve de nada, porque no es eso lo que quieres, y tú no haces nada más que lo que quieres. ¡Sea como fuere, no funcionará!

-¡Pero lo descalificas todo de antemano!

-Sí, porque contigo nada puede funcionar. Además, no quiero discutir contigo. No me interesas; lo que tengas que decirme no me interesa. ¡Adiós, señora!

Al ver los derroteros que toma la conversación, Éliane graba la llamada y, sin poder creer lo que escucha, acude luego a la terapia con su grabación. No termina de saber si es ella la que está loca por sentir tanta violencia, o si Pierre tiene todavía, cinco años después de la separación, el mismo deseo de anularla.

Éliane hizo bien en grabar esta conversación. Le proporcionó una cierta distancia. Como todas las víctimas de un acoso parecido, le cuesta creer que se la pueda odiar hasta tal punto sin una razón coherente. En este intercambio, vemos claramente cómo, para bloquear la situación, a Paul le viene bien cualquier cosa: ofensas o sarcasmos. Intenta mostrar la nulidad de Éliane al hacerla responsable de antemano del fracaso de cualquier intento. Con ello, bloquea cualquier cambio posible, en lo que incluye a sus hijos, sin duda porque el cambio podría desestabilizarlo a él. También aparece la envidia. Pierre envidia a Éliane porque, de una manera infantil, se la imagina con la omnipotencia de las madres («los niños hacen todo lo que tú quieres»), con una omnipotencia que le permite codearse con los dioses, y cuando dice esto no se trata de una figura retórica, sino más bien de la expresión de un delirio.

Al oír estas palabras violentas que se habían pronunciado en un tono glacial, yo no pude hacer otra cosa que aconsejarle a Éliane que fuera prudente, pues sabía que ese odio no se detendría jamás. Se trata de un proceso autónomo que, una vez desencadenado, se perpetúa en el registro de las convicciones delirantes. Ni la razón ni los razonamientos pueden modificarlo. Sólo la ley puede limitar el alcance de la violencia, pues el perverso narcisista tiende a mantener una apariencia de legitimidad. Por supuesto, una grabación no tiene ningún valor jurídico, puesto que está prohibido grabar conversaciones privadas sin el consentimiento del interesado. Es una lástima, pues la violencia perversa se expresa muy especialmente por teléfono. Sin la mirada, sin el cuerpo físico, el agresor puede utilizar su arma favorita -las palabras- para herir sin dejar rastro.

La negación de la comunicación directa es el arma absoluta de los perversos. La persona agredida se ve obligada a realizar las peticiones y las respuestas, y, al avanzar a cuerpo descubierto, comete evidentemente errores que el agresor recoge para señalar la nulidad de su víctima.

El recurso de las cartas certificadas que contienen alusiones o insinuaciones agresivas es una hábil maniobra para desestabilizar sin dejar rastro. Un lector exterior (psicólogo, juez) sólo puede valorar estos escritos como un intercambio agrio y trivial entre dos exesposos. Ahora bien, no se trata de ningún intercambio. Se trata de

una agresión unilateral en la que al agredido se le impide reaccionar y defenderse.

Estas agresiones perversas desestabilizan a toda la familia. Los niños, que son testigos de la malevolencia, no pueden imaginar que ésta sea gratuita.

Forzosamente, la víctima lo es por algún motivo. En el caso de Éliane, aun cuando mantenga unas excelentes relaciones con sus hijos, cada carta trae consigo tensión o agresividad: «¡Ya está bien de que te pongas de mal humor cuando recibes una carta certificada de papá!». Al mismo tiempo, ellos también están en vilo cuando se produce una situación susceptible de implicar una carta certificada, una especie de paquete con trampa que viene a sembrar la violencia a distancia. El agresor siempre puede decir que no tiene nada que ver con ello, que tiene las manos limpias y que es culpa de su ex esposa, que está loca y no sabe controlarse ni criar a sus hijos.

La historia de Éliane y Pierre se encuentra en este punto. Pero es una historia sin fin, pues un verdadero perverso no suelta jamás a su presa. Está persuadido de que tiene razón, y no tiene ni escrúpulos ni remordimientos. Las personas que están en su punto de mira deben mantener permanentemente un comportamiento irreprochable y no tener fallos muy visibles, so pena de ver cómo surge un nuevo ataque perverso.

Éliane ha tardado mucho tiempo en comprender que esta situación no es un producto de los malentendidos que suceden a una separación pasional, sino que se debe a un comportamiento patológico de Pierre, que implica a su vez un comportamiento patológico en ella. Dado que, entre ellos, el diálogo es imposible, se ven arrastrados a un círculo infernal que resulta destructor para ambos, pero también para sus hijos. En este estadio de funcionamiento, hace falta que una intervención exterior detenga el proceso.

Durante mucho tiempo, Éliane se hizo esta pregunta: «¿Hasta qué punto mi comportamiento, o lo que soy, son responsables de la actitud de Pierre?». Ahora comprende que Pierre no hace más que reproducir lo que él mismo padeció en su infancia, lo que vio en acción en su propia familia, y entiende que ella misma ha tenido dificultades para salir del papel reparador que se le asignó cuando era niña. Se había sentido atraída por esa faceta de Pierre de jovencito desgraciado al que había que consolar. Ahora se encuentra atrapada en aquello mismo que, en otro tiempo, la sedujo.

LA VIOLENCIA PERVERSA EN LAS FAMILIAS

Una vez instaurada en la familia, la violencia perversa constituye un engranaje infernal difícil de frenar, pues

tiende a transmitirse de generación en generación. Nos situamos aquí en el registro del maltrato psicológico, que elude a menudo la vigilancia del círculo de allegados y que causa cada vez más estragos.

A veces, este maltrato se disfraza de educación. Alice Miller, que habla de pedagogía perversa, ha denunciado los perjuicios de esa educación tradicional que tiene el objetivo de quebrantar la voluntad del niño a fin de convertirlo en un ser dócil y obediente.' Los niños se vuelven incapaces de reaccionar porque <la fuerza y la autoridad aplastante de los adultos los silencian y pueden incluso hacerles perder conciencia».'

La convención internacional de los derechos del niño considera como maltrato psicológico a los niños:

- la violencia verbal,
- los comportamientos sádicos y despreciativos,
- la repulsa afectiva,
- las exigencias excesivas o desproporcionadas en relación con la edad del niño,
- las consignas e inyecciones educativas contradictorias o imposibles.

Esta violencia, que nunca es anodina, puede ser indirecta y afectar a los niños sólo de rebote o por salpicadura, o bien puede apuntar directamente a un niño al que intenta eliminar.

La violencia indirecta

En la mayoría de los casos, la violencia se ejerce sobre el cónyuge al que se intenta destruir. Sin embargo, también afecta a los niños. Éstos son víctimas porque están ahí y porque se niegan a distanciarse del progenitor agredido. Reciben una agresión en tanto que hijos de la víctima. Como testigos de un conflicto que no les concierne, reciben toda la maldad que éste conlleva. Por otra parte, el progenitor herido, como no consigue expresarse ante su agresor, vuelca también sobre sus hijos toda la agresividad que no ha podido exteriorizar en su momento. Frente al vituperio permanente de uno de los progenitores por parte del otro, los niños no tienen otra salida que la de aislarse, con lo que pierden cualquier posibilidad de individuación o de pensamiento propio.

En lo sucesivo, si no encuentran una solución en sí mismos, los niños llevarán consigo una parte de sufrimiento que reproducirán en otros lugares. Se trata de un desplazamiento del odio y de la destrucción. El agresor no

puede contener su morbosidad y su odio pasa del ex cónyuge detestado a los niños, que se convierten en el objetivo que hay que destruir.

Hasta que se divorciaron, los padres de Nadia tenían la costumbre de criar a sus hijos unos contra otros utilizando para ello una violencia subterránea. En esta familia, los trapos sucios se lavan públicamente, pero de un modo insidioso. La madre sabe, mejor que nadie, utilizar frases malintencionadas e insinuaciones. Con sus ataques indirectos, deja huellas venenosas en la memoria de sus hijos.

Desde la marcha de su marido, vive sola con su hija pequeña, Nadia, y sospecha que sus demás hijos son cómplices de su padre. A su alrededor hay un inmenso complot, del que Nadia es el centro al mismo tiempo que una parte de ella misma. Cuando Nadia envía un regalo a Nadia por su cumpleaños, su madre contesta: «¡Tu hermana y yo te lo agradecemos!». Comunica a Lea su rencor y su desconfianza, y la aísla del resto de la familia, hasta el punto que ésta se indigna de que sus hermanos y hermanas sigan viendo a su padre.

La madre se queja de sus hijos sin cesar. Hace un halago e, inmediatamente, lo anula con lo que sigue. Teje su tela sin cesar para ser una mejor aspirante a una aparente victoria. Pone en funcionamiento un sistema de culpabilización latente que tiene más o menos éxito en función de cada niño.

Cuando Nadia le regala un fular en Navidad, responde: «Gracias por tu fular. ¡Su longitud perfecta completará los que ya tengo!». O bien: «¡Tu regalo es, hasta la fecha, el primero que recibo de mis hijos!». Cuando su yerno se suicida, comenta: «De todas formas, era débil; es mejor que se haya ido».

Nadia tiene la impresión de estar soñando cuando ve o escucha a su madre. Percibe cada agresión como una intrusión. Siente que debe protegerse si quiere salvaguardar su integridad. A cada nuevo ataque, su propia violencia aumenta, y le entran ganas de aplastar a su madre para que deje de mostrarse omnipotente y de culpabilizar a todo el mundo. Esto le crea dolores gástricos y espasmos digestivos. Incluso a distancia, por correo o por teléfono, percibe una especie de brazo telescópico que se presenta en su casa para hacerle daño.

Sean cuales fueren sus razones, este comportamiento es inaceptable e inexcusable, pues la manipulación perversa genera trastornos graves tanto en los niños como en los adultos. Cómo pensar saludablemente, cuando un padre dice que hay que pensar de una manera y la madre dice exactamente todo lo contrario. Si otro adulto no anula con palabras sensatas la consiguiente confusión, ésta puede conducir al niño o al adolescente hacia una autodestrucción fatal. En los adultos que de niños fueron víctimas de la perversión de un progenitor -como, por ejemplo, los que sufrieron un incesto-, se advierte a menudo la alternancia de anorexia y bulimia, u otros comportamientos adictivos. Las alusiones y las observaciones perversas son un condicionamiento negativo, un lavado de cerebro. Los niños no se quejan de los malos tratos que padecen, pero, por contra, están permanentemente a la espera de un reconocimiento por parte del progenitor que los rechaza. Y es improbable que este reconocimiento llegue algún día. Los niños interiorizan una imagen negativa de sí mismos -«¡Soy una nulidad!» y la aceptan como merecida.

Stéphane toma conciencia de que, mucho antes de su estado depresivo, se sentía vacío, incapaz de hacer las cosas sin un estímulo

exterior muy fuerte. Especialmente, es incapaz de utilizar dones profesionales reales. Para enmascarar ese vacío y ese tedio, se droga regularmente diciendo que, para él, todo esto no resulta agradable.

Hasta la pubertad, Stéphane era un niño parlanchín, dinámico y alegre al que le gustaba bromear; y era un buen estudiante. Tras el divorcio de sus padres, cuando tenía diez años, perdió su espontaneidad. En ese momento, tuvo la sensación de que no lo aceptaban en ninguno de sus dos hogares. Como su hermano decidió quedarse con su madre, él se sintió obligado a vivir con su padre. Se convirtió así en el rehén del divorcio.

Su padre es un hombre frío, que nunca está contento, que siempre está cansado, que no tiene nunca un gesto de afecto, y que emplea la ironía, los sarcasmos y las palabras hirientes. No disfruta de la vida ni deja que lo hagan los demás. Stéphane no le habla nunca de sus proyectos. Cuando está con su padre, no es más que una sombra de sí mismo y, cuando lo deja, se dice: «Es un alivio; todo ha ido bien».

Ahora que es adulto, Stéphane todavía teme la ira de su padre: «Si yo fuera el único que reaccionara así con él, pensaría que estoy delirando, pero, con él, todo el mundo termina por dejar de discutir o de explicar cualquier cosa, con tal de evitar el conflicto». Está siempre a la defensiva, pues si su padre llegara demasiado lejos en una bronca, a él mismo se le podrían «fundir los plomos».

Reconoce que, en general, se somete demasiado fácilmente a la autoridad de los demás, pues no soporta los conflictos. Sabe que dejar de someterse a su padre, incluso a su edad, significaría una ruptura, y una ruptura violenta. Por el momento, todavía no se siente en condiciones de afrontarlo.

El padre tiene en sus manos un objeto vivo, disponible y manipulable al que puede someter a las humillaciones que él mismo padeció en otro tiempo o que sigue padeciendo. Cualquier alegría de su hijo le resulta insoportable. Haga lo que haga y diga lo que diga, le inflige una vejación. Tiene una especie de necesidad de hacerle pagar el sufrimiento que él mismo vivió.

La madre de Daniel no soporta que sus hijos parezcan felices cuando ella no lo es en su pareja. Repite para quien quiera oírlo: « ¡La vida es una tostada con m... de la que hay que comer un poco cada día!» . Explica que tener hijos impide vivir, y que es algo que no le interesa pero que está obligada a sacrificarse por ellos.

Está siempre de mal humor y les va repartiendo a cada uno pequeñas frases hirientes. Ha inventado un juego familiar para endurecer a sus hijos que consiste en burlarse sistemáticamente de alguno de ellos durante las comidas. Al que le toque recibir tiene que poner buena cara. Las burlas constituyen heridas en el amor propio que se repiten y que son dolorosas, pero no son suficientemente graves como para que merezca la pena hablar de ellas. Por lo demás, los niños no están seguros de que todas esas pequeñas heridas se estén infligiendo deliberadamente; tal vez no se trate más que de torpeza.

Emplea el tiempo en hablar mal de uno o de otro, de un modo indirecto, camuflado, y pronuncia permanentemente palabras despreciativas ante alguno de sus hijos sobre su hermano o su hermana, alimentando así la rivalidad o la desavenencia entre ellos.

Con un aire consternado, dice que Daniel no sirve para nada, que no llegará nunca a ninguna parte. Y tiene palabras incisivas y definitivas para tratarlo con aspereza cuando emite una opinión. Una vez adulto, Daniel todavía teme las palabras que su madre pueda llegar a proferir. Frente a ella, no sabe defenderse: « ¡Uno no puede mostrarse agresivo con su madre!» . Suele recuperarse

gracias a un sueño frecuente en el que la toma por los hombros y la sacude preguntándole: «¿Por qué eres mala conmigo?».

Es muy fácil manipular a *los* niños. Éstos siempre saben excusar a quienes aman. Su tolerancia no tiene límites. Están dispuestos a perdonárselo todo a sus padres, a asumir su culpa, a comprenderlos y a intentar saber por qué su padre o *su* madre están disgustados. Para manipular a un niño, se utiliza frecuentemente el recurso del chantaje emocional.

Céline informa a su padre de que ha sido violada y de que ha presentado una denuncia. El violador ha sido detenido gracias a la sangre fría de Céline, y habrá un proceso. La primera reacción del padre es advertirla: «Sería mejor que no se lo dijeras a tu madre. ¡A la pobre, esto le supondrá una preocupación más! ».

Victoria se queja continuamente de dolores de vientre que constituyen un pretexto para quedarse acostada durante la mayor parte del día, al tiempo que le evitan cualquier sexualidad con su marido. Como explicación de su aislamiento, le dice a su hijo: «¡Eras un bebé muy grande; me destrozaste las entrañas!».

El compañero conyugal del agresor, también sometido a *su* dominio, tan sólo rara vez puede ayudar a sus hijos mediante una escucha de *su* sufrimiento que no justifique al agresor ni pretenda defenderlo. Los niños perciben muy tempranamente la comunicación perversa, pero, como dependen de sus padres, no pueden nombrarla. La situación se agrava cuando el progenitor que no agrede, queriendo protegerse a *sí mismo*, se aleja. y deja que el niño encare solo el desprecio o la repulsa.

La madre de Agathe tiene la costumbre de responsabilizar a sus hijos de todas sus desgracias. Al mismo tiempo, se justifica ante sí misma y borra cualquier rastro de culpabilidad. Dice las cosas tranquilamente, y consigue que la agresión parezca únicamente un fruto de la imaginación de sus hijos. En este magma familiar, nadie dice nada: «¡Vamos, hombre, pero si no ha pasado nada, eres tú quien dice tonterías!».

Los actos de violencia desaparecen de la memoria; sólo queda un vago recuerdo. Cuando se dicen cosas, no se dicen nunca directamente. La madre de Agathe no intenta hablar, sino que lo evita. Al quejarse de su marido porque la ha dejado, persuade a sus hijos de que tengan su mismo parecer. Agathe, desestabilizada, tiene dudas al respecto de su propio sentir.

Los niños saben que su madre guarda bajo la cama una caja llena de fotos de su infancia. Dijo que las había tirado. Un día, Agathe se atreve a preguntar qué ha sido de la caja. Hablar de esta caja es una manera de evitar el dominio y de atreverse a poner en entredicho las verdades que impone su madre. Ésta responde: «No sé, la buscaré... ¡Tal vez!».

Agathe se siente huérfana. Tiene a dos personas que son sus padres, pero con los que nada ocurre. No conoce ningún hombre afectuoso sobre el que descansar. Debe protegerse continuamente de los golpes que vendrán y, para ello, justificarse de todo.

La violencia directa

La violencia directa es la señal de una repulsa consciente o inconsciente del niño por parte de uno de sus padres. El padre -o la madre- se justifica explicando que actúa por el bien del niño, con un propósito educativo, pero, en realidad, ese niño le molesta y necesita destruirlo interiormente para protegerse.

Sólo la víctima puede percibirlo, pero la destrucción es real. El niño se siente desgraciado, pero no tiene nada objetivo de lo que quejarse. Si se queja, se queja de gestos o de palabras vulgares. Así las cosas, únicamente se comenta que el niño no se siente bien consigo mismo. Sin embargo, existe una voluntad real de anularlo.

Al niño maltratado se lo considera inoportuno. Se dice que resulta decepcionante, o que es el responsable de las dificultades de sus padres: «¡Este niño es difícil, no desaprovecha ninguna ocasión, lo rompe todo; en cuanto le doy la espalda, no hace más que tonterías!». Este niño decepcionante no se inscribe en la representación del imaginario parental.

Molesta, ya sea porque ocupa un lugar particular en la problemática parental (por ejemplo, un niño no deseado responsable de una pareja que no quería serlo), ya sea porque presenta una diferencia (enfermedad, o retraso escolar). Su mera presencia revela y reactiva el conflicto parental. Es un niño diana cuyos defectos hay que corregir para que ande derecho.

Bernard Lempert describe muy bien esta repulsa que a veces sufre una víctima inocente: «El desamor es un sistema de destrucción que, en ciertas familias, azota a un niño y quisiera verlo morir; no se trata de una simple ausencia de amor, sino de la organización, en lugar del amor, de una violencia constante que el niño no solamente padece, sino que también interioriza -hasta el punto que se accede a un doble engranaje, pues la víctima termina por tomar el relevo de la violencia que se ejerce sobre ella mediante comportamientos autodestructivos».

Entramos así en una espiral absurda: se riñe al niño porque es torpe o distinto a como debiera ser, y el niño se vuelve cada vez más torpe y se aleja cada vez más del deseo que expresan sus padres. No se desprecia al niño porque sea torpe; el niño se vuelve torpe porque es despreciado. El padre que lo rechaza busca, y forzosamente encuentra (un pipí en la cama, o una mala nota escolar), una justificación de la violencia que siente, pero es la existencia del niño, y no su comportamiento, lo que desencadena esa violencia.

Una manera muy trivial de expresar esta violencia de una forma perversa consiste en apodarar al niño con un mote ridículo. Quince años más tarde, Sarah no puede olvidar que, cuando era pequeña, sus padres la llamaban «basurera» porque tenía mucho apetito y siempre se comía todo lo que le ponían en el plato. Por su peso

excesivo, no se correspondía con la niña que sus padres habían soñado. En lugar de ayudarla a dominar su apetito, sus padres intentaron ponerle más dificultades.

También puede ocurrir que un niño tenga un exceso de algo en relación con su padre o su madre: que sea demasiado dotado, demasiado sensible, o demasiado curioso. Los padres suprimen lo mejor de su hijo para no ver en él sus propias carencias. Las afirmaciones adoptan la forma de los predicados: «¡No sirves para nada!». El niño termina por volverse insoportable, idiota o caracterial, con lo cual sus padres tienen una buena razón para maltratarlo. Con el pretexto de la educación, apagan en su propio hijo la chispa de vida de la que carecen. Así, rompen la voluntad del niño, quebrantan su espíritu crítico y procuran que no les pueda juzgar.

En todos los casos, lo que los niños notan muy claramente es que no satisfacen los deseos de sus padres o, más sencillamente, que no han sido deseados. Se sienten culpables de decepcionarlos, de producirles vergüenza y de no ser suficientemente buenos para ellos. Por ello, piden excusas, pues quisieran reparar el narcisismo de sus padres. Lo hacen en vano.

Aunque sepa que tiene talento en su profesión, Arielle carece completamente de confianza en sí misma. Por lo demás, tiene malestares con vértigos y taquicardia que atribuye naturalmente a la angustia.

Siempre le ha costado comunicarse con sus padres y, sobre todo, con su madre, Héléne, con la que mantiene una difícil relación. Arielle tiene la sensación de que su madre no la ama, pero la excusa y atribuye a su posición de primogénita el hecho de encontrarse en primera línea del acoso materno.

Sobre la relación con su madre, Arielle cuenta que se sitúa bajo el signo de la paradoja: recibe de ella informaciones que no comprende y no sabe cómo protegerse. Un día, alguien la acusó de ser la causa de la desavenencia de sus padres. Se sintió culpable y llegó a escribir una carta a sus padres para justificarse.

Tiene permanentemente la impresión de que su madre practica con ella un condicionamiento negativo, una especie de lavado de cerebro destinado a rebajarla. Mediante un lenguaje alterado, cada palabra de la madre oculta un malentendido que se convierte en una trampa para la hija. Héléne sabe utilizar a una tercera persona como si fuera un bumerán para desencadenar conflictos, y darle hábilmente la vuelta a las situaciones con ironías. Dice las cosas como si sólo las supiera ella y, mediante insinuaciones, hace que Arielle se sienta culpable. Arielle está siempre en vilo y, a fin de no disgustar a su madre, se pregunta si realmente hace lo que debería hacer.

Un día, Arielle encuentra colgada en el baño de su madre una carta que le había enviado por su cumpleaños. La fecha está subrayada y una anotación indica: «¡Recibida con un día de retraso!». Arielle saca una conclusión: «¡Haga lo que haga, está mal!».

La perversión desgasta considerablemente a las familias; destruye los lazos y echa a perder toda individualidad sin que uno se dé cuenta. Los perversos falsifican tan bien su violencia que dan con frecuencia una muy buena imagen de sí mismos. El proceso de descalificación se puede llevar a cabo de un modo aún más perverso, al hacer intervenir a una tercera persona que, generalmente, es el otro progenitor. Este último, que se encuentra

también sometido al dominio de su cónyuge, no se da cuenta de ello.

Arthur es un niño deseado por su madre, Chantal, pero no tanto por su padre, Vincent. Este último deja que su esposa se ocupe del bebé: «;Es un asunto de mujeres!». Cuando ella pasa demasiado tiempo ocupándose de su hijo, él ironiza: «¡Qué, mimando al retoño!» . Esta frase, aparentemente anodina, se dice en un tono que hace que Chantal se sienta culpable, por mucho que ésta conteste que lo que hace es absolutamente normal.

En otra ocasión, mientras Chantal cambia a Arthur cantándole una canción y besándole el vientre, Vincent, desde el umbral de la puerta, le explica que muchas madres tienen un comportamiento incestuoso con sus hijos y que los excitan desde que son bebés. Chantal contesta bromeando que esta observación es inadecuada, pero, desde ese día, pierde un poco de espontaneidad en los contactos con su hijo cuando sabe que Vincent está cerca.

Los principios educativos de Vincent son muy estrictos: no hay que satisfacer todos los caprichos de los niños; si se los ha alimentado y cambiado correctamente, hay que dejarlos llorar. No hay que modificar el medio en función del niño; éste debe aprender a no tocar: basta con un buen cachete en los dedos. El pequeño Arthur, que, con todo, es un niño dócil y fácil de criar, a menudo es tratado duramente.

Cuando Arthur se convierte en un hermoso bebé mofletudo, su padre empieza a llamarlo «tocinito». Esto hace rabiar a Chantal pero, a pesar de sus peticiones y de sus súplicas, él sigue llamándolo así, incluso cuando le dice cosas amables: «¡Te molesta a ti, pero mira, a él no le molesta: sonríe!».. Otras personas, parientes o amigos, también protestan, pero el mote se vuelve habitual en boca de Vincent.

Arthur tiene luego algunas dificultades de aprendizaje de la higiene personal. Se orina en los pañales hasta los tres años y por la noche en la cama durante mucho más tiempo. Esto exaspera a Vincent, que la toma con su hijo y le pega. Pero, sobre todo, manifiesta su exasperación delante de Chantal, que, al temer la rabia fría de Vincent, toma las riendas del asunto y se exaspera, a su vez, contra su hijo. Finalmente, ella misma termina por pegar a Arthur. Después, se siente culpable y le reprocha a Vincent el ser demasiado severo con el niño. Vincent contesta muy fríamente: «¡Pero si eres tú quien le ha pegado; la violenta eres tú!».. Chantal vuelve a la habitación de su hijo, lo abraza y lo consuela al tiempo que se consuela a sí misma.

Puesto que, efectivamente, no se puede matar al cuerpo del niño, se procura que éste no sea nadie y se lo anula psíquicamente. Se puede mantener así una buena imagen de uno mismo, aun cuando, de paso, el niño pierda toda conciencia de su propio valor. «Cuando la tiranía es doméstica y la desesperación es individual, la muerte alcanza su objetivo: el sentimiento de no ser. Puesto que, socialmente, no se puede matar al niño corporalmente, y puesto que es necesaria una cobertura legal -con la finalidad de mantener una buena imagen de uno mismo, que es el colmo de la hipocresía-, se organiza un asesinato psíquico: procurar que el niño no sea nadie. Encontramos aquí una constante: no hay rastro, no hay sangre y no hay cadáver. El muerto está vivo y todo es normal.»⁵

La violencia parental puede ser todavía más notoria, pero ello no implica que se la pueda denunciar jurídicamente, pues no siempre se la puede identificar.

Aunque sus padres pretendan haberla deseado, se vio pronto que hubiera sido mejor que Juliette no llegara a nacer. Molesta, no se la quiere. Desde su nacimiento, es responsable de todo lo que no funciona: si no se porta bien, es culpa suya; si la organización de la casa resulta difícil, es por su culpa. Haga lo que haga, se la riñe. Cuando llora, se le reprochan sus lágrimas y se le da una bofetada: «¡Así sabrás por qué lloras!». Y si no reacciona: «¡Parece que te importe un bledo lo que se te dice!».

Su padre tiene tantas ganas de que desaparezca que, cuando Juliette tiene nueve años, se la «dejan» en un bosque después de un picnic. Unos campesinos la encuentran y avisan a la policía. El padre se justifica: « ¡Qué quieren, esta niña es imposible, siempre se está fugando!».

Sus padres no golpean abiertamente a Juliette, y la visten y la alimentan correctamente. De lo contrario, los servicios sociales se harían cargo de ella. Sin embargo, en todo momento parece que no debiera estar ahí. Su madre, que se halla sometida a un esposo todopoderoso, intenta compensar y proteger a su hija. Aguanta todo lo que puede y, a veces, amenaza con marcharse con ella, pero, como no trabaja, no tiene recursos y permanece atada a ese hombre difícil.

A pesar de la violencia que padece, Juliette ama a su padre y, cuando le preguntan cómo le va en casa, a veces contesta: «¡Mamá siempre hace escenas; dice que quiere marcharse!».

Los niños que son víctimas de agresiones perversas no tienen otra salida que los mecanismos de separación protectora, y son portadores de un núcleo psíquico muerto. Todo lo que no metabolizaron durante su infancia se reproduce en la edad adulta a través de acciones que se perpetúan.

Aun cuando todos los niños maltratados no se conviertan en padres que maltratan a sus hijos, se crea una espiral de destrucción. Cada uno de nosotros puede llegar a volcar su propia violencia interior sobre otra persona. Alice Miller muestra cómo, por un lado, con el tiempo, los niños o las víctimas bajo dominio olvidan las agresiones padecidas -basta con quitarles la voluntad de saber-, pero, por otro lado, las reproducen sobre sí mismos o sobre los demás.

Los padres no sólo transmiten a sus hijos cualidades positivas como la honradez y el respeto a los demás. También pueden enseñarles a desconfiar y a desviarse de las leyes y de las reglas con el pretexto de la «picardía». Es la ley del más listo. En las familias en que la perversión es la regla, no es difícil encontrar un antepasado transgresor, conocido por todos aunque oculto, y considerado como un héroe por su tunantería. Si alguien se avergüenza de él, no lo hace porque haya transgredido la ley, sino porque no ha sido suficientemente pillo como para evitar que lo detengan.

El incesto latente

Junto a la violencia perversa que consiste en destruir la individualidad de un niño, encontramos familias en las que reina una atmósfera malsana que se ha construido a partir de miradas equívocas, de tocamientos fortuitos y alusiones sexuales. En estas familias, las barreras entre generaciones no se establecen claramente; no existe

una frontera entre lo trivial y lo sexual. No se trata propiamente de incesto, sino de lo que el psicoanalista P. C. Racamier denomina lo incestual: «¡Lo incestual es un clima: un clima en donde sopla el viento del incesto sin que haya incesto!».⁶ Se trata de lo que yo llamaría el incesto soft (blando). No hay nada que se pueda atacar jurídicamente. La violencia perversa está ahí, pero no hay signos aparentes de ella.

Se trata de una madre que le cuenta a su hija de doce años los problemas sexuales de su esposo, y que compara los atributos de este con los de sus otros amantes.

Se trata de un padre que le pide a su hija que le sirva regularmente de coartada y que lo acompañe y lo espere en el coche cuando va a ver a sus amantes.

Se trata una madre que le pide a su hija de catorce años que examine sus órganos genitales para ver si tiene una rojéz: al fin y al cabo nos conocemos estamos entre mujeres.

Se trata un padre que seduce a las amigas de su hija de dieciocho años y que las acaricia en su presencia.

Estas actitudes producen un clima de complicidad malsana. La barrera de las generaciones no se respeta. No se permite que los niños se mantengan en su posición de niños, sino que se les integra como testigos de la vida sexual de los adultos. Este exhibicionismo se presenta a menudo con una forma de ser moderno, que «está al día». La víctima no puede defenderse, si se revela, se burlarán de ella: «¡estás atascada!». Por lo tanto se ve obligada a negarse a sí misma y aceptar so pena de volverse loca, unos principios que, de entrada percibía como malsanos. Paradójicamente, puede ocurrir que esta actitud liberal coexista con otros principios educativos estrictos, como por ejemplo la preservación de la virginidad de la hija. La puerta en marcha del dominio perverso impide que la víctima pueda percibir las cosas claramente y, por lo tanto, que pueda atajarlas.

1 J.G. Lemaire, *Le couple: sa vie, sa mort*, París, Payot, 1979

2 A. Miller, *C'est pour ton bien*, París, Aubier, 1984 (trad. cast.: *Por tu propio bien*, Barcelona, Tusquets, 1985).

3 S. Ferenczi, «Confusión de langue entre les adultes et l'enfant», en *Psychanalyse*, vol. IV, París, Payot, 1985.

4 B. Lempert *Désamour*, París, Seuil. 1989

5 B. Lempert, *L'enfant et le désamour*, L'arbre ou milieu, 1989

6 P. C. Racamier, *L'inceste et l'incestuel*, Paris, Les Éditions du Collège, 1995